

defensa del cosmopolitismo de Manuel González Prada, la afirmación de la gran calidad estética de Eguren y, sobre todo, la celebración del Valdelomar de «El Caballero Carmelo», aquel nuevo valor literario que, pese a que en 1913 había ganado el concurso literario organizado por el diario *La Nación* de Lima, es tachado de «incipiente» por Ventura García Calderón: «Y llama —dice More— incipiente a Abraham Valdelomar. Incipiente al que ha escrito 'El Caballero Carmelo', cuento que don Ventura no hará jamás, cuento que es orientación de nuestra literatura de mañana; cuento donde vivimos nuestra vida, la de nuestras costas llenas de sol, de mar y de sencillez; cuento hermosísimo por el calor humano de su verbo y la técnica de su expresión artística»¹⁸.

Por otra parte, el importante debate en torno a la valoración de las diversas generaciones literarias se inicia de la manera más intrascendente que uno se pueda imaginar: con un artículo de Valdelomar sobre la aparición del libro *Las necesidades del guano en la agricultura nacional* de José Antonio de Lavalle García, que aparece en *La Prensa* el 23 de septiembre de 1916. Allí, tras recoger las palabras con las que Manuel González Prada suele alentar la rebeldía de los «colónidos», Valdelomar formula el siguiente comentario: «El muy insigne príncipe de las letras nacionales y americanas, don Manuel González Prada, afirmaba, hace poco, en privada charla, que la generación de hoy es la más fuerte, fecunda y valiosa de cuantas generaciones literarias haya tenido este pueblo»¹⁹. La idea anterior no sólo es sustentada por Manuel González Prada, sino también por los propios «colónidos», tal como se desprende de la lectura de la entusiasta defensa que More hace de las virtudes literarias de Valdelomar y hasta de las mismas actitudes ególatras que el último de los nombrados asume.

A raíz de este artículo de Valdelomar, López Albújar, que a la sazón ocupa el cargo de director de *La Prensa*, reacciona en forma airada y asume la defensa de los grupos literarios anteriores que son acusados por los «colónidos» de imitadores o de tener una obra literaria superficial. Su réplica puede leerse en el largo artículo «Tres epítetos gruesos y una exageración verdadera» que, bajo el pseudónimo de «Sansón Carrasco», publica en el diario anteriormente nombrado los días 26, 28, 30 de septiembre y 3 de octubre de 1916²⁰. En este trabajo, por exaltar los aportes de los escritores de 1890 a 1900, López Albújar prácticamente sepulta a Valdelomar y los suyos cuando afirma que ellos «todavía no tienen historia porque están comenzando a vivirla»²¹. Aparte del profundo desconocimiento ante la obra cuentística de Valdelomar —el mismo tipo de error que More le enrostra a Ventura García Calderón— o la reciente experiencia de la revista *Colónida*, López Albújar también muestra aquí cierto fas-

¹⁸ More, Federico: «La hora undécima del Sr. Ventura García Calderón», *Colónida*, Año I, N° 3, Lima, 1° de marzo de 1916, p. 25.

¹⁹ Citado por Sánchez, Luis Alberto: Valdelomar o La Belle Epoque, México, FCE, 1969, p. 233.

²⁰ Este artículo hoy puede verse en López Albújar, Enrique: Memorias, Lima, P.L. Villanueva, 1963, pp. 113-128.

²¹ *Ibid.*, p. 120.

tidio frente al humor polémico y los gustos literarios de la nueva generación, rasgos que para él se reducen a «la impaciencia, la jactancia, el delirio de publicidad, y ciertas tendencias snóbicas»²².

Debido al silencio de Valdelomar, More, Mariátegui y Aguirre Morales asumen la defensa de su generación, formulan los descargos respectivos y reavivan el fuego de la revuelta literaria. A diferencia de More que interviene en la polémica con una especie de ensayo²³ o de Aguirre Morales que lo hace con una original misiva²⁴, Mariátegui recurre a otro género periodístico y planea un reportaje al propio Manuel González Prada: el pensador al que Valdelomar apela con la intención de buscar la afirmación de los «colónidos» como grupo generacional. De esta manera, al reafirmarse en sus juicios sobre los aportes de la nueva generación literaria, González Prada aparece respaldando a Valdelomar y los suyos, tal como se colige de este pasaje de la entrevista que Mariátegui le hace: «González Prada declaró enfáticamente la superioridad indiscutible de esta generación sobre todas las que le precedieron. Antes la literatura se desarrolló entre referencias a las revoluciones y a las pachamamas. La urdimbre de todas las incertidumbres y de todas las ignorancias impidió que la influencia de la literatura europea se dejara sentir en su buen gusto, en su estilo y en su pensamiento. Se imitaba con ramplonería y atraso. Unos literatos se distinguían por su absoluto apego al más frío clasicismo. Y otros se perdían en el romanticismo más exagerado. Nuestros poetas eran malos segundones de Zorrilla. En nuestra poesía dominaba una incipiente y burda estética»²⁵.

Tomando en cuenta todos los debates librados por los «colónidos» es fácil apprehender el sentido de su rebeldía estética, su característica de fuerza beligerante y hasta disolvente, y la misma naturaleza renovadora y progresiva de la «revisión» de los valores de la literatura peruana que promueven bajo la aparente megalomanía («el delirio de publicidad», según López Albújar) de su afirmación juvenil o generacional. Como dice Mariátegui: «La bizarría, la agresividad, la injusticia y hasta la extravagancia de los 'colónidos' fueron útiles. Cumplieron una función renovadora. Sacudieron la literatura nacional. La denunciaron como una vulgar rapsodia de la más mediocre literatura española. Le propusieron nuevos y mejores modelos, nuevas y mejores rutas. Atacaron a sus fetiches, a sus íconos. Iniciaron lo que algunos escritores calificarían como 'una revisión de nuestros valores literarios'. *Colónida* fue una fuerza negativa, disolvente, beligerante. Un gesto espiritual de varios literatos que se oponían al acaparamiento de la fama nacional por un arte anticuado oficial y *pompier*»²⁶.

Simultáneamente, la misma actitud rebelde, beligerante y polémica de los «colónidos» los lleva a rodear a todos aquellos escritores que Riva-

²² Ibid., p. 121. *Las cursivas son de López Albújar.*

²³ More, Federico: «Definir es separar», *El Tiempo*, Lima, 8, 9 y 11 de octubre de 1916.

²⁴ Aguirre Morales, Augusto: «Carta a Juan Croniqueur», *El Tiempo*, Lima, 10 de octubre de 1916.

²⁵ Mariátegui, José Carlos: «La generación literaria de hoy. Conversación con don Manuel González Prada», *El Tiempo*, Lima, 2 de octubre de 1916. En: *Escritos Juveniles*, t. 3, Lima, Biblioteca Amauta, 1991, pp. 20-21.

²⁶ Mariátegui, José Carlos: 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana (1928), Lima, Biblioteca Amauta, 1928, pp. 282-283.

Agüero y los suyos niegan o menosprecian, y a propiciar, por añadidura, un ordenamiento literario que esté más acorde con sus deseos de cambio y la búsqueda de una nueva sensibilidad. De esta manera, muchos de los «colónidos» terminan estableciendo un abigarrado rol de simpatías y afinidades que incluye al poeta peruano Della Rocca Vergalo, a quien Riva-Agüero tilda de «pobre loco grafómano»²⁷; a José Santos Chocano, que justamente aparece en la portada del primer número de *Colónida* y goza de la admiración de Valdelomar y los suyos; a Eguren, quien es ninguneado por Riva-Agüero y su grupo y resulta ungido por los «colónidos» en el número dos de su revista, en lo que para algunos críticos es el mejor recuerdo de esta experiencia²⁸; y, por encima de todo, a Manuel González Prada, quien, como ya se ha visto, es calificado por Ventura García Calderón como «el menos nacional y representativo» de los literatos peruanos.

Refiriéndose a los elementos constructivos que afloran tras los impulsos beligerantes y hasta disolventes de Valdelomar y los suyos, Mariátegui escribe: «Los 'colónidos' no se comportaron siempre con injusticia. Simpatizaron con todas las figuras heréticas, heterodoxas, solitarias de nuestra literatura. Loaron y rodearon a González Prada. En el 'colonidismo' se advierten algunas huellas de influencia del autor de *Páginas Libres y Exóticas*. Se observa también que los 'colónidos' tomaron de González Prada lo que menos les hacía falta. Amaron lo que en González Prada había de aristócrata, de parnasiano, de individualista; ignoraron lo que en González Prada había de agitador, de revolucionario. More califica a González Prada como 'un griego nacido en un país de zambos'. *Colónida*, además, valorizó a Eguren, desdeñado y desestimado por el gusto mediocre de la crítica y del público de entonces»²⁹. Mariátegui acierta cuando describe la actitud que Valdelomar y los suyos asumen ante las figuras heterodoxas de la literatura peruana de ese entonces; pero se equivoca, en cambio, cuando describe el tipo de lectura que el «colonidismo» hace de la obra de Manuel González Prada.

Desde un primer momento, los futuros «colónidos» se acercan a Manuel González Prada con el fin de tributarle su admiración. Alfredo González Prada, el hijo de este gran pensador, recuerda que Valdelomar publica un artículo sobre *Horas de Lucha* en julio de 1909³⁰. Tres meses antes, un linotipista lleva a Mariátegui hasta la casa de Manuel González Prada³¹. Con el tiempo, tanto Valdelomar como Mariátegui frecuentan el hogar de los González Prada, lugar a donde también acuden Eguren y Enrique Bustamante y Ballivián, el fundador de *Cultura* (1915): la revista que en cierta forma prelude a *Colónida*. Por esa época, Valdelomar y los suyos aparecen deslumbrados tanto ante el cosmopolitismo de tinte francés y marcadamente parnasiano de Manuel González Prada como frente a las retoma-

²⁷ Riva-Agüero, José de la: *Carácter de la literatura del Perú independiente (1905)*. En: *Obras Completas, t. I, Lima, PUCP, 1962, pp. 227-228.*

²⁸ Loayza, Luis: «*Colónida en el pleito generacional*». En: *Op. cit., pp. 142-143.*

²⁹ Mariátegui, José Carlos: *Op. cit., p. 283.*

³⁰ González Prada, Alfredo: *Op. cit., p. 208.*

³¹ Campos, Juan: «*Yo llevé a Mariátegui a trabajar a La Prensa*», *La Jornada, Lima, 4 de febrero de 1975. (Entrevista de César Lévano).*